

Por otra parte, los elementos de este sistema no son tampoco producto del azar ó de lo arbitrario, sino que constituyen otros tantos anillos de bronce de la cadena de causas y efectos que, traspasando los límites de nuestros conocimientos, se extiende hacia adelante y hacia atrás en la eternidad. Quien lo niega, niega al propio tiempo la causalidad, y nada le impedirá ya afirmar también que los planetas se mueven en virtud de su libre arbitrio y no según las necesidades de las leyes de la mecánica celeste, y que pueden á voluntad conformarse á las reglas habituales ó no observarlas. La misma coacción que mantiene á los astros en sus órbitas determina igualmente las acciones y los pensamientos humanos, y si la historiografía fuera una ciencia como lo es la astronomía, podría con la misma certidumbre con que ésta predice los movimientos de los cuerpos celestes, predecir también los actos de los hombres, ó al menos, la parte de la historia que depende de la voluntad humana, sino ya los acontecimientos naturales no menos esenciales.

Las únicas predicciones que la historiografía pueda aventurar cuando no quiere entregarse al delirio profético con «los ojos convulsivos por una locura sublime» (Shakespeare), sino hablar seria y sobriamente, son de un carácter tan general que no ofrecen ningún interés, ó anuncian cosas que de suyo se saben. La historiografía puede predecir valientemente que ninguna institución creada por los hombres, ya se trate de un Estado, de un orden social, de un derecho ó de una costumbre, vivirá indefinidamente, sino que cada una de ellas ó desaparecerá ó se transformará. Sospechamos ó sabemos eso sin la ayuda de la historiografía; pero desearíamos saber cuándo y cómo acabará lo que existe y qué será lo que lo substituya, y sobre eso no puede ofrecernos la historiografía ni una sombra de indicación cierta. Quien haciéndose pasar por astrólogo ó quiromántico no pudiera hacer á las gentes ansiosas de penetrar las tinieblas del porvenir, más que la revelación de que morirán un día, sería considerado desde luego como un farsante ó un necio, aun por sus clientes más

crédulos que le abandonarían pronto. En resumen, lo que podemos saber de antemano acerca de los acontecimientos que deben producirse en la vida tanto de los individuos como de los grupos y grandes colectividades, sólo son generalidades determinadas por las leyes biológicas fundamentales más sencillas con un rigor que no admite ninguna excepción conocida; en cuanto á los efectos concretos de los engranajes complicados y de la penetración recíproca de las leyes biológicas y cósmicas (de las cuales las primeras no son sino un caso particular) se sustraen completamente á nuestras previsiones, porque no tenemos más que un conocimiento extremadamente insuficiente de la naturaleza y de la medida de las energías que obran en la vida humana. Se ha dicho paradójicamente que el historiador es el profeta del pasado; ésta es una de esas frases que parecen decir algo, pero que en el fondo no significan nada, á menos que no sea esto: el historiador no es un hombre de ciencia, sino un vidente que averigua ó adivina el pasado en vez del porvenir—y el que no lo crea pagará un escudo de multa.

Pero si la historiografía no tiene ningún valor como conocimiento racional, se pretende que tiene importancia educadora: *historia magistra vita*. También esa es una pretensión insostenible. La historiografía no conoce la realidad de la historia, apenas si conoce una parte de su apariencia superficial; se encuentra reducida á buscar, sospechar, adivinar. Y es evidente que quien no sabe nada cierto no puede enseñar nada utilizable. Pero, aun cuando la historiografía supiera alguna cosa, lo que transmitiese no tendría ningún valor para el agente que tuviera que realizar nuevos actos, porque cada momento histórico es la resultante de las fuerzas que han obrado en ese momento preciso y de sus proporciones cuantitativas y la misma combinación no se reproduce jamás exactamente, ni se puede producir artificialmente. ¿Qué utilidad pues, sacaría el sér viviente con saber cómo han procedido sus predecesores en una situación dada, desde el momento en que esta situación ya no es la misma? Pongamos que quiera imitar el

ejemplo que conoce: lo primero, no sería casi nunca capaz de hacerlo y aun cuando consiguiera obtener una repetición toscamente aproximada, el resultado sería siempre diferente del producido por el acto que le sirviera de modelo. De hecho, jamás un individuo ni una colectividad han obrado conforme á determinadas consideraciones históricas. Se adoptan resoluciones, no por el conocimiento del pasado, sino por las necesidades del presente, y en los casos en que el conocimiento más ó menos exacto de la historia ejerce cierta influencia sobre los actos de los vivos, esta influencia se ejerce bajo la forma de un prejuicio, de una simpatía ó de una aversión, de una confianza ó desconfianza, de una apreciación excesiva ó insuficiente que una generación transmite á otra, y que acaso estando justificados en su origen, han dejado ya de estarlo, sin que las generaciones ulteriores hayan tratado de darse cuenta de ello. Por eso, el conocimiento del pasado engendra fácilmente la ignorancia del presente y las decisiones sugeridas por aquél son necesariamente erróneas, porque sus supuestas condiciones no responden ya á la realidad. Los grandes conquistadores, fundadores de imperios y legisladores no han poseído nunca lo que se llama sentido histórico. Esa era precisamente la condición de su grandeza. Sus ojos, no enturbiados por ninguna visión tradicional, abarcaban con mirada clara el presente visible; se daban cuenta de lo que éste exigía y soportaba, de los medios de acción que ofrecía, y no consagraban ninguno de sus pensamientos á lo que había removido el pasado; para ellos la historia no ha sido nunca educadora.

En verdad, la gran masa de la humanidad no siente el menor interés positivo, diré incluso orgánico, ni por las narraciones históricas, ni por los mismos acontecimientos históricos. Un instinto primordial impulsa á los hombres á observar la naturaleza ambiente, á explorarla, á comprenderla en la medida posible, á interpretarla racionalmente á la luz de todos los conocimientos que poseen en un momento dado; sienten de un modo obscuro, antes de pensarlo claramente,

que el conocimiento de la naturaleza constituye su mejor medio de defensa y de ataque en la lucha por la existencia, que su ignorancia en este respecto equivale ni más ni menos á la sentencia de muerte y que cualquier aumento de su saber se recompensa, ó por lo menos puede ser recompensado con una seguridad acrecida, con una vida más larga, más rica, más bella. Los conocimientos adquiridos se conservan cuidadosamente y se transmiten á las generaciones siguientes como el bien máspreciado. Es muy poco probable que uno solo de los hechos científicos, realmente comprendido por la humanidad, se haya perdido nunca, cualquiera que sean las fábulas elucubradas por una imaginación llevada al misticismo y que sueña en ciencias ocultas que poseyeran los antiguos Egipcios, los Caldeos, los Indios y aún los Aztecas y que no han llegado hasta nosotros. Desde la infancia hasta la vejez, el hombre contempla con el mismo interés apasionado el trabajo gigantesco de las fuerzas naturales y el cuadro vertiginosamente mudable de sus manifestaciones periódicas ó únicas. La noble curiosidad que le agujonea haciéndole mirar y comprender, solo le falta al débil de espíritu, es decir, al sér de excepción patológica. Pero no existe semejante instinto natural que impulse al hombre á conocer su pasado; éste deja á la enorme mayoría de los hombres, aún á los más civilizados, completamente indiferentes; no le consagran ninguno de sus pensamientos, no tratan de retener una parte cualquiera de él. Si obedeciesen solo á sus impulsos naturales, no conservarían del pasado recuerdo duradero y no tendrían ningún empeño en recargar con él la memoria de sus descendientes.

Los periódicos publican con frecuencia relatos acerca de los resultados extraños de interrogatorios que se hacen á los soldados para apreciar sus conocimientos de historia. Estos resultados muestran que el pueblo, cuando no ignora completamente los más grandes acontecimientos históricos de un pasado incluso muy cercano, no tiene de ellos sino una idea extremadamente confusa y fabulosamente deformada. Muchos italianos de la actual generación no cono-

cen ni á Cavour ni á Garibaldi (1); muchos alemanes no han oído nunca los nombres de Moltke y de Roon, toman á Bismarck por un gran general ó soberano y no tienen idea ninguna de la guerra de 1870; muchos franceses no saben nada de Gambetta ni de Thiers, de Sedan ni de la gran Revolución, y asocian al nombre de Napoleón hechos imaginarios de los más aventurados y risibles (2). Y eso que en la mayor parte de los casos, sino en todos, se trata de jóvenes despiertos que por lo menos han pasado por la escuela primaria, saben leer y escribir y están perfectamente capacitados para enterarse de las cosas que les ofrecen atractivo ó utilidad. Se pueden resumir estas experiencias diciendo que la memoria de los hombres no conserva recuerdo realmente vivo de los acontecimientos históricos, ni aún de los más grandes, sino mientras existen contemporáneos que han colaborado en esos acontecimientos, han sufrido por ellos personalmente ó han asistido á los mismos como testigos apasionados, ó por lo menos los han oído referir por sus actores ó espectadores, en una palabra que de un modo directo ó á lo menos indirecto, han vivido personalmente los acontecimientos. La duración del recuerdo se halla así reducida á tres generaciones á lo sumo: á los contemporáneos, á sus hijos que han escuchado de labios de sus padres las narraciones de esa frescura y fuerza de impresión propias de las cosas vistas, y cuando más á la tercera generación á la cual, en circunstancias favorables se le dice acaso en la mesa familiar: «He oído decir á mi padre»..... Pero ya, en la segunda transmisión tanto ha solido irse esfumando la narración que ya no produce en el auditor sino una débil impresión, demasiado débil para que sienta á su vez la necesidad de transmitirla á sus hijos.

(1) Paola Lombroso, Mario Carrara. *Nella penombra della Civiltà* (Da un'inchiesta sul pensiero del popolo), Torino, 1906, páginas 47 y siguientes.

(2) Roland. *L'éducation du soldat*, Paris, 1908, *passim*.

Esta persistencia de los recuerdos durante un periodo de tres generaciones se puede considerar directamente como una ley que tiene su razón de ser en la naturaleza misma de la memoria humana, la cual, á menos de sufrir morbosamente una alteración, sólo hace remontarse á la conciencia clara los residuos latentes de las sensaciones percibidas, cuando las asociaciones y las emociones que las han acompañado en su origen son excitadas de nuevo. Pero las emociones fuertes, las asociaciones numerosas y variadas solo se provocan generalmente por excitaciones sensoriales personales é inmediatas seguidas de reacciones de la conciencia y de la voluntad, ó en otros términos, por algo vivido y no por palabras únicamente leídas ú oídas que necesitan aún traducirse en representaciones—transformación que muy á menudo, no realiza el cerebro perezoso y obtuso del hombre de tipo medio. La narración transmitida de un acontecimiento pasado al que no se liga ningún interés práctico actual, no produce emoción, ni se extiende á lo largo de la vía de asociaciones numerosas y complicadas, se queda bastante aislada en la conciencia, se olvida pronto y tiene pocas probabilidades de revivir en la conciencia bajo forma de imagen mnésica.

La ley de las tres generaciones no se aplica sólo á los acontecimientos locales y á los que conciernen á la nación y á la humanidad, es igualmente cierta para la historia familiar por la cual todo sér humano que adquiere cierto grado de desarrollo intelectual se debería sin embargo, interesar ante todo. De un modo general, el hombre civilizado (no hablamos del salvaje) no sabe nada de sus ascendientes más allá de los abuelos. Todo lo que se refiere á más de tres generaciones se pierde en las tinieblas, aun cuando las circunstancias sean favorables para la conservación de los recuerdos, como en el caso en que la familia sigue viviendo en el suelo hereditario, en que su vida se desenvuelve en el mismo marco topográfico y en que todo el medio exterior—construcciones, paisaje, hombres y cosas ambientes—ayuden mnemotécnicamente la memoria de los descendientes. Cuando la familia

cambia de residencia, pierde de modo aun más rápido y completo el recuerdo del pasado aunque sea más próximo, porque los puntos de mira y lugares á que este pasado se liga en parte han desaparecido de su horizonte. En el caso más favorable sólo queda de los destinos de los ascendientes un eco debilitado, legendario, que no deja entrever ningún trazo netamente perceptible. El hombre atraviesa la vida rodeado de un círculo de claridad muy estrecho, después de su desaparición esa claridad se extingue, dejando únicamente una sensación algo esfumada en la retina de los que han sido testigos de su existencia. Más allá de ese círculo, todo es tinieblas eternas, consteladas á lo sumo por algunos puntos luminosos dispersos, y pocos son los que sienten la necesidad de iluminar esas tinieblas.

Algunos días de conmemoración que ciudades y aun países enteros celebran todos los años en recuerdo de acontecimientos históricos, y eso desde hace cientos y aún miles de años, parecen ser una excepción aparente de esta regla despiadada del olvido. Roma continua celebrando la fecha del 21 de Abril, inocentemente convencida de que ese día fué fundada la ciudad (753 antes de Jesucristo). Desde hace cuatro siglos y medio, Basilea celebra la fiesta de Santiago (26 Agosto). El 9 de Mayo de todos los años Orleans se acuerda de que Juana de Arco la salvó de los sitiadores ingleses (1429), lo mismo que Inglaterra se acuerda el 5 de Noviembre de todos los años que fué descubierta la conspiración de la pólvora de Guy Fawkes en 1605, etc. Pero en todos estos casos, el recuerdo es una simple ilusión, á la muchedumbre la atrae sobre todo la feria tradicional, sin preocuparse mucho por saber qué es lo que le sirve de pretexto. De las centenas de millares de chiquillos ingleses que bailan con gran algazara alrededor de una efigie de Guy Fawkes y la queman después, á penas si habrá algunos centenares que sepan algo de cierto acerca de él y de su acto, y mientras van cantando con convicción:

Remember, remember,
The fifth of November (1).

se verían muy apurados si tuviesen que explicar por qué se tienen que acordar de ese día. Se ha extendido mucho la costumbre durante el último siglo, de establecer, relacionándola con alguna fecha histórica, una fiesta oficial que tiene que celebrar de buen ó mal grado la población porque la ley lo manda y todas las administraciones y establecimientos públicos la celebran. Así Alemania tiene su día de *Sedán*, Francia su 14 de Julio, Italia su día del Estatuto, etc. Pero, á pesar de que la mayoría de estas fiestas son de fundación muy reciente, sus comienzos se oscurecen ya para los pueblos. En Alemania, se prescribe á los maestros que recuerden por medio de conferencias á la juventud escolar la significación de la fiesta de *Sedán*, y esa precaución no es superflua porque muchos adultos no asocian ya al nombre de *Sedán* ninguna idea precisa. Entre las innumerables gentes que el día de la fiesta nacional se alegran y beben concienzudamente, bailan en las calles y van á ver los fuegos artificiales, muy pocos son los que saben algo de la toma de la *Bastilla*, y *lo Statuto* no provoca en la conciencia de muchos italianos ninguna representación precisa. La muchedumbre siente la alegría de divertirse en común, le agrada ver esos festejos alentados ó arreglados por la autoridad, se preocupa poco ó nada del pretexto de la fiesta, y sólo ve de ella el lado saturnal y carnalesco. Lo que aparece como recuerdo histórico para la minoría que posee conocimientos bibliotecarios, no es para la mayoría, incluso para aquéllos que poseen una instrucción escolar media, más que una fiesta como las demás fiestas religiosas ó profanas. El pasado histórico sólo vive en los documentos escritos, no en la conciencia de los hombres. En ese sentido únicamente, la fórmula pretenciosa según la cual «la historia es la parte del recuerdo universal que fija la his-

(1) Recordad, recordad, el 5 de Noviembre.

toriografía», encierra un núcleo de verdad. La historia prosigue su curso, sin preocuparse de ser notada ó no serlo ni de que los hombres conserven artificialmente su recuerdo ó la olviden como suelen y como es natural en ellos. Mas es cierto que lo que sabemos de la historia lo debemos exclusivamente á los testigos que no se contentan con la transmisión oral de los acontecimientos que han vivido, sino que preservan sus experiencias de la desaparición, valiéndose para ello de la literatura y otras artes. Sin estos medios, los pueblos más civilizados cuya vida intelectual sea más rica y en los cuales las ciencias hayan alcanzado el grado más elevado de desarrollo, no poseerían más recuerdos históricos que una tribu salvaje para la cual su pasado, aun el más reciente, es una noche eterna de una obscuridad impenetrable.

La indiferencia, puede decirse, orgánica que los hombres sienten por el pasado, por todo aquello que se encuentra fuera del alcance de sus sentidos, de su percepción inmediata, es un hecho de observación que sería pueril negar. Pero este hecho parece estar en contradicción con este otro no menos incontestable: que la historiografía no por eso ha dejado de venir al mundo, ha adquirido un desarrollo considerable, ocupa un puesto importante en el programa de instrucción de los hombres civilizados, que la investigación y conservación de todos los testimonios del pasado son objeto de gran solicitud por parte, no sólo de los gobiernos, sino también de numerosas asociaciones y de innumerables particulares. Sin embargo, esta contradicción se resuelve fácilmente. Es verdad que el conocimiento de los hechos históricos no responde como el de los fenómenos naturales y sus leyes á una necesidad biológica, pero satisface una necesidad psicológica del individuo y sobre todo una necesidad sociológica.

La razón psicológica individual á que debe la historiografía su nacimiento y desarrollo ulterior, es doble: se trata sencillamente del efecto de dos de las facultades más primordiales del espíritu humano: la curiosidad y el amor propio.

En sus principios, la curiosidad no es sino el deseo que

siente el sistema nervioso central de recibir impresiones que tienen que emanar necesariamente del mundo ambiente; á medida que el organismo se desarrolla, se añade una noción finalista á este deseo instintivo cuya satisfacción procura cierto grado de placer: las impresiones del ambiente buscadas por el organismo han de advertirle los peligros que corre y le facilitan la busca del alimento y de otras satisfacciones orgánicas. Una curiosidad siempre despierta constituye para el individuo una ventaja importante porque le sirve de guía en la lucha por la existencia. En un grado de diferenciación más elevado, la curiosidad, con un fin de utilidad directa ó indirecta para el individuo, se transforma en deseo de saber que ya no recuerda que debe su origen á una necesidad funcional del sistema nervioso central y que su objeto primitivo era facilitarle la lucha por la existencia. Al eliminar toda intención egoísta, el deseo de saber parece por lo contrario tender exclusivamente á adquirir nuevos conocimientos y á comprender todos los fenómenos percibidos (1). Desde el momento en que la curiosidad se eleva y se ennoblece al convertirse en deseo de saber, el individuo siente malestar é inquietud siempre que se encuentra en presencia de una laguna en el conocimiento de los fenómenos que surgen dentro de su horizonte y en su encadenamiento causal. Así es como el salvaje se para lleno de angustia ante una caverna oscura y difícilmente accesible que descubre en su coto de caza, y siente temor por los peligros que le

(1) Hermann Lotze (*Mikrokosmos, Ideen zur Naturgeschichte und Geschichte der Menschheit. Versuch einer Anthropologie*. Leipzig, 1864, tomo III, pág. 3) nota muy bien la importancia de la curiosidad y demuestra que no se tiene razón al hablar con desprecio de la «inquietud de la curiosidad vulgar» que «sin tener el sentido de la diferencia de valor de las cuestiones, trata en presencia de cualquier objeto de la experiencia, grande ó chico, de satisfacerse con una imagen neta de la historia de su producción». Pero vuelve á caer en el misticismo nebuloso como acostumbra, cuando continúa: «De esta curiosidad vulgar nace, sin embargo, la necesidad que brota de capas más profundas, de ver esta porción misteriosa de la evolución universal que es la historia terrestre salir directamente de un mundo superior y después de haber cumplido la tarea que le incumbía, dirigirse á él de nuevo».

amenazan, hasta que se arma de valor y se aventura á explorarla. El curioso no descansa hasta que rellena esa laguna con materiales sólidos y firmes ó la oculta sencillamente con una trampa. La obscuridad del pasado atormenta al hombre poseído del deseo de saber tanto como la del porvenir, la cuestión de las causas últimas le preocupa tan penosamente como la de las causas inmediatas. De esta necesidad de saber y de comprender han nacido todas las ciencias, lo mismo que todos los prejuicios y otros errores é ilusiones erigidos en sistema. La especulación filosófica se ha esforzado por penetrar hasta la causa última, y la mayoría de los hombres se ha conformado con la explicación teológica que no explica nada á la razón. La teoría del conocimiento ha analizado los elementos constitutivos más sencillos del contenido de nuestra conciencia y ha tratado de descubrir su procedencia. En cuanto á las tinieblas del porvenir, el hombre ha querido iluminarlas por medio de profecías, de los sortilegios y de otros artificios análogos que los espíritus más sabios y más maduros de su generación habían considerado durante mucho tiempo como las más eminentes de todas las ciencias humanas (1). Hay que recordar el lugar preeminente que ocupaban

(1) R. Campbell Thompson. *Late babylonian letters*, Londres, 1907. Carta del rey de Asiria á Sadunu en Borsippa. Le recomienda especialmente que se apodere de las tabletas que encierran las predicciones sobre la guerra que están en el templo de Ezidda. «Si existiese... un hechizo cualquiera que yo no te haya indicado y de que tú te enteres, lo buscas, lo coges y me lo mandas». Se debe recordar también la importancia que se atribuía en la antigua Roma á los libros sibilinos. Comparad también con el *Prometeo encadenado* de Esquilo, versos 500 y siguientes. Al enumerar los dones con que ha favorecido á los hombres, Prometeo hace resaltar de un modo especial que les ha enseñado á interpretar los sueños, á comentar los signos, á predecir el porvenir por medio de la magia:

«Τρόπους τε πολλούς μαντικῆς ἐστοίχισα
Κἄκρινά πρώτος ἐξ ὄνειράτων ἢ χρεῖ
ἕπαρ γενέσθαι, κληθόντας τε δυσκρίτους
ἐγνώρισ' αὐτοῖς' ἐνοδίους τε συμβόλους, etc.»

en el culto religioso y en la vida política, entre los Etruscos y los Romanos los arúspices y los pontífices encargados de interpretar el vuelo de los pájaros ó la disposición de las entrañas, y los honores de que disfrutaban los intérpretes de los sueños hasta época muy reciente en las cortes de los monarcas orientales. Dado el gran interés que tenían los hombres por conocer los acontecimientos futuros, sometían á una severa verificación los resultados del pretendido arte de los oráculos y no tardaron en convencerse de que las predicciones de éstos no eran más que sandeces sin el menor vestigio de verdad. Por eso, hacia fines de la antigüedad el augur ó arúspice eran ya unos personajes ridículos, según testimonio de Cicerón. Los hombres capaces de pensar se resignaron tristemente con la idea de que no poseían ningún medio de informarse de manera cierta acerca del porvenir y renunciaron suspirando á las tentativas de este orden, lo mismo que á aquellas que tenían por objeto el descubrimiento de las causas últimas. Y mientras que las personas intelectualmente atrasadas ó las clases populares y los pueblos profundamente ignorantes persistían en su fe en los diferentes procedimientos primitivos de la adivinación del porvenir, como la quiromancia ó la interpretación de los sueños, los naipes, la astrología, el plomo fundido, las fiugras de la borra del café, etc., en las personas instruidas la tendencia irresistible hacia el conocimiento de lo desconocido se manifestaba aún tímidamente en la escatología, á la cual no quiere aún renunciar completamente la filosofía, y en el favor que las especulaciones sobre el porvenir, tales como las *Anticipaciones* de Wells, encuentran en centenas de millares de lectores que no parecen darse cuenta de que si esas especulaciones les gustan tanto es porque responden de todo punto á los conocimientos, hipótesis, presentimientos y aspiraciones de hoy, es decir porque encierran, no el porvenir, sino el presente.

La misma linterna vuelta hacia el porvenir proyectaba también su luz tenue y temblorosa sobre la obscuridad del pasado. Sin duda alguna el porvenir preocupaba á los hombres

más que el pasado, pues el conocimiento de aquél tiene para ellos un interés práctico de que carece el conocimiento de éste. Antes de que hubiera cronistas é historiadores, había en todas partes brujos y gentes que decían la buenaventura, y existen todavía hoy tribus que viven en un estado de barbarie prehistórica que se preocupan poco ó nada de sus tradiciones, pero que en cambio, dan gran importancia á las predicciones. Pero con el tiempo, el deseo de conocer que ilumina, ó por lo menos escudriña el círculo completo de obscuridad que nos rodea, ha debido llegar en su marcha circular hasta este segmento de lo desconocido que forma el pasado y se ha esforzado por hallar informes acerca de éste, lo mismo que acerca del porvenir. El hombre meditaba acerca de las preguntas que Miltón pone en boca de su Adán: «¿How came I thus, how here?» (1). Como testimonios del pasado se disponía de recuerdos inciertos, de tradiciones confusas y contradictorias y de monumentos tales como edificios, esculturas, tumbas, utensilios, más tarde también de inscripciones, monedas y documentos. La imaginación podía entregarse á su estudio para llenar sin escrúpulos, con ayuda de invenciones arbitrarias, las lagunas que existían. Con tales elementos se formaron poco á poco narraciones coherentes en las cuales muy poco de cierto y un poco más de verosímil se mezcla tan íntimamente con una enormidad de cosas posibles ó inventadas del todo y se funde tan por completo (2), que no solo el auditor, sino el narrador mismo acaba por per-

(1) «¿De dónde he venido yo aquí de esta manera?»

(2) Guillermo de Humboldt (*Ueber die Aufgabe des Geschichtsschreibers. Abhandlungen der Kgl. Akademie der Wissenschaften zur Berlin aus den Jahren 1820-1821*, Berlín 1822; *Historisch-philologische Klasse*, pág. 305) acepta, casi se puede decir cándidamente, este estado de cosas: «Pero lo realizado solo es visible en parte en el mundo sensible, lo demás lo debe añadir el sentimiento, la deducción, la adivinación... Puede que parezca peligroso que el dominio del historiador llegue á tocar al del poeta, aunque solo sea en un punto único; pero, sin embargo, existe entre uno y otro un parentesco incontestable en lo concerniente á su modo de acción».

der el sentimiento de la desigualdad de los elementos constitutivos de su fábula y por no distinguir las junturas del armazón que ha fabricado.

El sentido crítico está por regla general, poco desarrollado en la gran mayoría de los hombres que no poseen la aptitud y apenas si tienen el deseo de distinguir la verdad de la ilusión. Toda afirmación hecha con aplomo se acepta con credulidad, sin que se exijan pruebas y sin que se examine la solidez de éstas, cualquiera alegación solo suscita la desconfianza, la duda ó la negación categórica cuando se encuentra en contradicción demasiado flagrante con lo conocido, ó cuando hiere sentimientos ó lesiona intereses—en este último caso sobre todo. Pero cuando una narración no choca por imposibilidades evidentes, las gentes fácilmente pasan por ella y adquiere en la conciencia del auditor el valor de una información sobre una realidad. Del propio modo que la teología informaba á los hombres de las causas últimas del mecanismo universal, y la taumaturgia de los misterios del porvenir, la historiografía les informaba de los enigmas del pasado. En el fondo, la teología es del mismo orden que las dos primeras tentativas con medios inadecuados para satisfacer el deseo de saber del espíritu humano. Todavía hoy, la mayoría de los hombres no ponen en duda las enseñanzas de la teología en lo tocante á los orígenes del mundo; y esto se explica porque, hecha abstracción de su curiosidad general, no tienen interés personal é inmediato alguno en no ser engañados acerca de las causas últimas, y porque su indiferencia se conforma perfectamente con lo que le dicen sobre ese asunto. En la mayoría de los hombres que piensan, la fe en las profecías se ha quebrantado por la no realización de éstas; por el contrario, son aun pocos en nuestros días aquéllos que comprenden de un modo claro que también la historiografía está edificada en gran parte en el aire, que no es, lo mismo que la teología y la taumaturgia, sino una adivinación, un presentimiento, un deseo encubierto y una aspiración; y la escasez de esos espíritus se explica por la circunstancia de que no surgen con frecuencia hechos que de-

muestren categóricamente la falsedad de las narraciones históricas y de que desde el punto de vista práctico, importa poco á los que actualmente viven que el pasado eternamente inmutable, sea representado de este ó del otro modo.

Si los hombres se interesasen en grado igual por el conocimiento de las causas últimas que por el de las causas próximas, ya se habría acabado la teología desde hace mucho tiempo, como ha ocurrido con la historia natural de Plinio, la biología de Aristóteles y la cosmología de Ptolomeo. Si el conocimiento del pasado tuviera para ellos el mismo interés práctico que el del porvenir, hace mucho tiempo que hubieran advertido que la historiografía no proporciona el conocimiento del pasado, así como la astrología ó la quironancia tampoco proporcionan el conocimiento del porvenir, y que el historiador, al titularse profeta del pasado (1) se atribuye su valor exacto, siendo el grado de credulidad á que puede pretender casi igual al del adivino que afirma que le es dado predecir el porvenir.

La curiosidad de los hombres reclama informes acerca del pasado, y la historiografía pretende suministrárselos; ofrece ésta una narración bien hilvanada, con la cual los hombres se contentan no teniendo razón alguna para verificar su exactitud. Esta narración les produce un gran placer, primero porque satisface de manera formal una tendencia, y después porque es extraordinariamente divertida y atractiva.

El placer de oír cuentos es cosa innata en el hombre; le gusta oír hablar de acontecimientos pintorescos ó melodramáticos, de hazañas extraordinarias que se salgan de la experiencia cotidiana, de hombres excepcionales, de sus destinos y grandes hechos. La historiografía es rica en tragedias, en dramas, en comedias de carácter y de intriga, en novelas de aventuras. El interés de curiosidad que suscita es siempre estético, no se diferencia por su naturaleza de aquél con que se lee ú oye contar las *Mil y una noches*; pero

(1) La frase ha sido fabricada por Saint-Beuve y aplicada á Bossuet.

la narración histórica tiene sobre el cuento de hadas la superioridad picante de que trata de convencernos de que todo aquello ha ocurrido realmente como nos lo refiere.

Después de la curiosidad, que en su evolución se ha elevado al deseo de saber y comprender, he designado el amor propio como el segundo de los factores á que debe la historiografía su nacimiento. Todo hombre considera importante lo que hace y digno de salvarse del olvido lo que le ocurre. El Néstor homérico que glorifica á los hombres y las acciones incomparables de su época juvenil, hombres y acciones que la generación joven no podría igualar, es un tipo eterno que se encuentra lo mismo entre los salvajes que entre los hombres civilizados, entre los hombres primitivos que entre nuestros contemporáneos. El hombre se admira á sí mismo sobre todo en las felices manifestaciones de su fuerza y su valor, y quisiera ser visto siempre en la actitud heroica del vencedor y del triunfador. Y eso no halaga sólo su amor propio; ve en ello además una utilidad práctica, porque el prestigio guerrero ha proporcionado siempre á sus poseedores toda clase de distinciones y privilegios. El salvaje señala sobre sus armas, por medio de hendiduras ó rayas de color, el número de enemigos que ha matado. El indio pinta en la parte exterior de su wigwam (choza) los combates que ha sostenido victoriosamente y lleva suspendidos en su cinturón los scalpes (cueros cabelludos) de los enemigos que ha vencido, y la costumbre de la tribu vigila severamente porque el número de plumas de águila que el indio lleva en su adorno guerrero no sea superior al de enemigos de los que haya triunfado. Estas hendiduras, rayas de color, plumas de águila, scalpes y pinturas, son los primeros documentos históricos, sin utilidad para la colectividad, pero halagadores para aquél de quien atestiguan y perpetúan las hazañas en la memoria de los contemporáneos y de las generaciones siguientes, y son generalmente preciosos para su familia y sus descendientes.

Para los jefes, para los príncipes, la gloria es un instru-

mento de poder. La admiración y el temor que inspiran á sus súbditos ó partidarios les facilitan el mantenimiento de su superioridad que no se ven así obligados á imponer constantemente por la violencia. Por eso sostenían á sus expensas bardos que celebraban sus grandes hechos, á juzgar por lo que sabemos de los Griegos de la época heroica y mítica, de los jefes de guerra germanos y escandinavos y de los conquistadores normandos. Los poetas asalariados, bardos y escaldos que glorifican en sus cantos el heroísmo de su señor y de sus antepasados, son los precursores de la historiografía tendenciosa oficial, y los narradores ingenuos de acontecimientos notables y extraordinarios del género de Herodoto, han creado el modelo de una literatura histórica libre, sin ninguna tendencia y que se basta á sí propia, dado caso claro está, que semejante literatura existiera.

Del mismo modo que la curiosidad pura y simple, al profundizarse y ensancharse, se transforma en el curso de la evolución intelectual en deseo de saber, el amor propio instintivo llega á ser una representación consciente del conjunto de los intereses personales y se crea un sistema de afirmación é imposición de estos intereses en contraposición de los intereses opuestos de los demás. En las condiciones de vida primitivas y sencillas de las tribus salvajes ó semi-salvajes, le bastaba al guerrero exaltarse con el recuerdo de sus hazañas, producir con sus narraciones una impresión halagüeña sobre sus congéneres y facilitar su conservación en la memoria de los hombres con ayuda de medios mnemotécnicos como imágenes, signos y el lenguaje más impresionante y también más fácil de retener de la poesía. La horda ó tribu al desarrollarse progresivamente, se convierte en un pueblo que se da formas políticas definidas, y en el Estado así constituido surge un dominador, una familia reinante, una clase que reclama privilegios y los ejerce sin miramientos para con los demás. La tradición adquiere entonces para los detentadores del poder una importancia práctica enorme; debiendo ser su situación excepcio-

nal á la cabeza de la colectividad consecuencia de alguna hazaña extraordinaria, es para ellos de un interés vital evidente mantener sin cesar vivo el recuerdo de esta hazaña para impresionar la imaginación de la muchedumbre é inspirarle el temor, la admiración, la veneración supersticiosa, en una palabra, todos los sentimientos que puedan favorecer la conservación, y si es posible, el aumento de su poder. Los documentos históricos más antiguos son las inscripciones y las esculturas de los templos, palacios, fortalezas y tumbas de reyes que glorifican sus guerras y sus victorias y enumeran las batallas que han ganado, las ciudades que han conquistado, los enemigos que han sacrificado ó sometido, sus posesiones y riquezas de todas clases. Ese, poco más ó menos, es el contenido exclusivo de las inscripciones egipcias y asirias históricas que han llegado hasta nosotros. ¿Quién, pues, tenía un interés práctico en que los hechos que esos documentos relatan fuesen salvados del olvido natural? Únicamente los reyes que se ven en ellos exaltados y sus descendientes, herederos de su poder. La cosa importaba poco á los demás, que más bien hubiesen ganado dejando desaparecer en el crepúsculo del pasado el recuerdo de esos hechos.

El mismo móvil que impulsaba á los conquistadores, grandes guerreros, fundadores de dinastías, y á los herederos de su poderío á transmitir á la posteridad, por medio de representaciones jactanciosas de toda clase, imágenes, inscripciones, signos, etc., el conocimiento de sus grandes hechos, determinaba también á cualquier otro usufructuario de un privilegio, grande ó pequeño, á conservar todo aquello que podía servir para justificar ese privilegio, mantenerlo ó inventarlo si era preciso. Se puede afirmar que hasta un pasado reciente, ni un sólo documento ha sido redactado y confirmado, ni un sólo monumento erigido para facilitar el conocimiento desinteresado de hechos notables, sino que siempre que se ha hecho notar y fijar un hecho cualquiera, ha sido para servir á un interés privado determinado. Los conventos y los obispos tenían sus cartularios en que es-

taban con frecuencia mezclados los documentos auténticos y falsos; las familias nobles poseían sus archivos, las ciudades los cuerpos de oficios y las corporaciones sus cartas patentes y de derecho, y todas esas tablas, pergaminos y papeles, tenían por objeto, no ya ofrecer materiales positivos á una ciencia, sino asegurar privilegios á los particulares y á determinados grupos.

Toda institución es creada por consecuencia de una necesidad que es sentida. Incluso la conquista, el bandidaje organizado, el gobierno de matanza y de sangre de un rey del Dahomey, son medios que sirven para satisfacer la impulsión de una fuerte personalidad que busca la embriaguez de una dominación sin freno y de la destrucción. Los creadores de instituciones no necesitan para nada el apoyo de la historia, encuentran sus razones en sus necesidades orgánicas, sus títulos de derecho en su voluntad y en la fuerza que tienen para obrar conforme á estas necesidades que cambian y se modifican mientras que las instituciones creadas bajo su aguijón persisten. Llega, sin embargo, un momento en que éstas no pueden ya ni imponerse por su propia fuerza ni defenderse con argumentos racionales convincentes, y entonces aquéllos que se están aprovechando de ellas, invocan la historia y la utilizan para intimidar á la crítica, desalentar las tentativas de ataque, consolidar lo que se tambalea y amenaza hundirse por medio de un andamiaje y de un contrafuerte exteriores construídos de fórmulas solemnes y venerables.

La evolución de toda institución que Goethe había resumido de modo definitivo en este verso eterno: «La razón se convierte en sinrazón, el beneficio en plaga», ha sido definida por Chateaubriand en una proposición análoga: «Toda institución tiene tres etapas: utilidad, privilegio, abuso». Cuando la utilidad ha desaparecido, los usufructuarios y los que abusan quedan y con gestos hieráticos misteriosamente elocuentes, señalan el pasado cada vez que el presente les pide cuentas importunas. Los ejemplos son inútiles; por eso citaremos

uno sólo: al comienzo, hacia el siglo ix, la nobleza era una clase de hombres vigorosos y guerreros que se habían impuesto la carga de mantener el orden en sus distritos y proteger en ellos la vida y la hacienda de sus poblaciones contra el asesinato y el saqueo; exigían á título de recompensa la sumisión absoluta de sus vasallos y se apropiaban lo que les parecía sobre el haber de cada uno (1). Más tarde un poder único, el del rey, se encargó de asegurar la paz interior; un ejército permanente, una policía, una administración y una justicia sólidamente organizados, eran los encargados de desempeñar las funciones encomendadas antes á los antepasados de la nobleza, la cual ya no prestaba ningún servicio, pero no renunciaba á ninguna de las ventajas que sus antecesores se habían hecho otorgar como recompensa de las fatigas y peligros de sus luchas continuas. Cuando finalmente, en vísperas de la gran Revolución, Beaumarchais, en sus *Bodas de Figaro*, les arrojó á la cara el célebre apóstrofe: «Se han tomado ustedes el trabajo de nacer», los nobles sólo podían, como única respuesta, exhibir sus viejos pergaminos y sus venerables sellos que habían de justificar su pretensión de vivir en grande á expensas del pueblo. Sin darse cuenta de ello, los labriegos franceses han realizado un acto simbólico al entregarse en los principios de la Revolución, al asalto de los castillos, empezando siempre por saquear los archivos y quemar los documentos. Comprendían que estos testimonios amarillentos de un pasado muerto, continuaban nutriendo como otras tantas raíces vivas, el árbol del feudalismo y que sólo podían destruir éste aniquilando aquéllas.

(1) H. Taine. *Les origines de la France contemporaine*. L'ancien régime. París, 1887, pág. 10: «El noble entonces era el hombre valiente, el hombre fuerte y experto en las armas que á la cabeza de un ejército, en vez de huir y de pagar rescate, presentaba su pecho, se mantenía firme y protegía con la espada un pedazo de tierra. Para hacer este oficio no necesita antepasados, le basta con tener corazón, es él mismo un antepasado; se le agradece demasiado la salvación presente que su valor ofrece para regatearle su título».

El sentido histórico es natural en todos aquéllos que se aprovechan del respeto de la tradición; en los demás es un producto artificial de la educación y de la instrucción. Un soberano que ejercita los derechos que un caudillo antepasado ha creado antes por su propio vigor, una nobleza que posee riquezas, honores y poder cuyos orígenes remontan igualmente á un pasado más ó menos lejano, los representantes de los numerosos y variados intereses que se agrupan alrededor de una dinastía ó de una clase reinante, tienen razones particulares para recordar constantemente sus orígenes, para glorificarlos y para representar como la consagración suprema de toda institución el hecho de que viene de antiguo. Esto es en interés propio, y poseen los medios de imponer su punto de vista á la muchedumbre á la cual la tradición oprime, humilla y lesiona. Los poderes establecidos fijan los programas escolares, las condiciones de las pruebas universitarias, el valor oficialmente atribuido á los esfuerzos intelectuales, fundan y sostienen cátedras, confieren una posición y dan autoridad á las academias y sociedades doctas, distribuyen pensiones, becas, suscitan investigaciones que favorecen por medio de subsidios pecuniarios y otros estímulos, recompensando los buenos resultados con destinos, condecoraciones y honores; en una palabra, les es dable declarar que el conocimiento de la historia es la parte más importante de la instrucción general y asegurar á la historiografía un puesto especialmente elevado entre todas las manifestaciones del talento y de la ciencia. Ahora bien, los hombres tienen noción de la importancia y de la necesidad de una ocupación y de un ramo del conocimiento por la consideración de que gozan en el Estado y en la sociedad, es decir en el ánimo de los poderosos, de los gobernantes, de los que hacen la ley, y no por su valor gnosológico ó el grado de su utilidad para la vida y el bienestar de los individuos.

En el sentido histórico artificialmente desarrollado entran, por lo demás, elementos psicológicos diversos. Notamos en él al lado del efecto del prestigio de las clases directoras cuyo

modo de pensar consideran los gobernados distinguido y digno de imitación, la debilidad de juicio que incapacita para someter un tema, cualquiera que sea, á una crítica racional independiente y la pereza intelectual que se encuentra á su gusto en todo lo que le es habitual. Estas cualidades del pensar humano nos explican por qué la mayoría que no obtiene ninguna utilidad de tal ó cual institución existente, sino que por el contrario, sufre por causa de ella, siente sin embargo, con respecto á la misma el mayor respeto por la razón única de que es antigua y ve en sus orígenes lejanos la suficiente justificación de su mantenimiento. Esto explica también por qué hombres del presente, llenos de vigor, que ganarían mucho con que únicamente lo real, lo existente, fuera examinado, comparado y apreciado, y que pierden mucho con que el pasado, lo imaginado, el recuerdo sobrepuesto sea más estimado, si es que no lo es únicamente, esto explica por qué, decimos, esos hombres se enorgullecen con poseer el sentido histórico, es decir con colocar lo que ha sido sobre lo que es, lo que está muerto sobre lo que vive, y se avergonzarían de que se sospechase que no poseían este sentido en grado suficiente. Ante la utilidad extraordinaria que ofrece esta manera de pensar á los herederos de privilegios tradicionales, es muy natural que por su parte pongan todo en juego para mantener la concepción del hecho de que poseer el sentido histórico constituye una gran superioridad, una distinción, mientras que el estar desprovisto de él es una inferioridad, por lo menos una imperfección, un indicio de debilidad intelectual, si no ya una disposición criminaloide, y en todo caso una señal de canallería y baja extracción.

Tal es la importancia práctica de la preocupación del pasado y de su estimación desproporcionada. Pero sólo se vería un lado de la cuestión si no se reconociese que los cuadros históricos ejercen también gran atractivo por razones de estética y de psicología general. Esas narraciones son conmovedoras y divertidas. La contemplación de un pasado distante de vaga lontananza, tiene gran encanto sobre la imagina-

ción y excita agradablemente la propensión al misticismo que dormita en todo espíritu humano. Las cosas medio veladas suscitan el deseo de descubrirlas, las ruinas de reconstituir-las, lo que ha desaparecido hace intentar el ensayo de una evocación, lo impreciso encierra enigmas que solicitan soluciones; en una palabra, en presencia de las visiones nebulosas que emergen misteriosamente del crepúsculo de un pasado profundo, se deja uno llevar fácilmente á los ensueños poéticos.

Otro placer de la narración histórica consiste en que satisface la lógica al hacer inteligibles por la demostración de sus orígenes muchas instituciones, usos y tradiciones que hoy son incomprensibles, y al explicar de modo convincente cómo las cosas absurdas, inaceptables, injustas, contra las cuales se subleva la razón en nuestros días han sido en su principio, comprensibles, fundadas y si no justas en sentido abstracto, perfectamente apropiadas á las circunstancias de entonces. La narración histórica aboga calurosa y elocuentemente en defensa de lo que existe, y hasta consigue la absolución, ó por lo menos circunstancias atenuantes, para lo que merece una condena sin condición alguna. Importa poco, desde el punto de vista del resultado, que el abogado apoye su informe en el terreno poco sólido de un conocimiento insuficiente de los hechos, de invenciones arbitrarias y de interpretaciones desprovistas de toda crítica. Estas razones explican el ardor con que se cultiva la investigación histórica y la historiografía en los pueblos civilizados, y eso aunque carezcan de valor desde el punto de vista de la dirección de la vida, y á pesar de las informaciones hartas pobres é inciertas que pueden ofrecer aún acerca de un pasado próximo y mucho más todavía acerca de un pasado lejano.

Voy á resumir lo que creo haber demostrado:

La historia no se confunde con la historiografía que solo se apropia una mínima parte de aquélla. La historiografía, sin razón alguna, usurpa el título de ciencia, pues que no lo es realmente. No es ciencia descriptiva, porque no está segura de

los hechos que pretende reunir y fijar (1), tampoco es ciencia explicativa porque no sabe nada de las leyes ni del encadenamiento causal de los hechos de que se compone la vida de la humanidad (2); no suministra ningún conocimiento, no facilita de ningún modo la adaptación de la especie á las condiciones de vida que ofrece la naturaleza y no le sirve de ningún auxilio en la lucha por la existencia. Por eso no responde á ninguna necesidad natural del espíritu humano, ó sólo responde á lo sumo, á la necesidad general que el hombre siente de ver que un poco de luz ilumina las tinieblas que le rodean, y aún la satisfacción que proporciona de esa necesidad es puramente de forma, porque las imágenes que muestra sobre el fondo negro del pasado no son aspectos de la realidad, sino proyecciones de representaciones subjetivas. El recuerdo de los acontecimientos, aún de los más grandes, deja al cabo de tres generaciones á lo sumo, de formar parte integrante de la conciencia viva de los descendientes, incluso de los de aquéllos que han tomado directamente parte en ellos, y solo se conserva en los libros que para la mayoría de los

(1) Conoce naturalmente en parte los mayores acontecimientos exteriores; sabe que en Marathon, en los campos de Chalons, en Lutzen, en Sadowa han ocurrido batallas, que César, Carlomagno, Napoleón I han existido, etc., pero (P. Lacombe, obra citada, pág. X) «¿para qué nos sirve el conocimiento simple de los hechos desnudos? ¿Qué ventajas hay en saber.... que un macedonio llamado Alejandro.... ha vencido á los persas en tal sitio y en tal año.... si al final de todo ello no se deduce una verdad, ó por lo menos, no se experimenta una emoción?»

(2) Jorge Simmel (obra citada, pág. 43) afirma que la «ciencia» de la historia ha de describir lo que haya realmente acontecido (y he demostrado que no puede hacerlo), pero «no necesita llegar hasta las leyes del devenir histórico»; mas se desmiente á sí propio algunas páginas más adelante (página 53) al decir con mucha razón: «Si no diéramos sentido á todo acontecimiento histórico, intención á todo acto externo, sentimiento á toda determinación externa, no habría historia: la interpretación es la única que la confiere un significado». Pero la interpretación es arbitraria y puramente subjetiva, contraria, por tanto, á la ciencia. Por consiguiente lo que, según Simmel, origina el nacimiento de la historia (ó, con más exactitud, de la historiografía), le quita al propio tiempo todo carácter científico.

hombres son literatura muerta. Este recuerdo se convertía en otros tiempos en algunos pueblos poco civilizados en un núcleo de leyendas fantásticas que pasaban á ser posesión de la tribu, no á causa de ese núcleo de verdad, sino á causa de su atractivo poético; pero en nuestros días ya probablemente ni aún bajo esa forma se conserva, porque en los pueblos que han llegado á un desarrollo intelectual más elevado, la tendencia á la mitogenia se atenúa y por la costumbre de fijarlo todo por escrito, la memoria se ejercita mucho menos. Si la historiografía disfruta sin embargo, todavía de gran favor general, es porque halaga la alegría que el hombre experimenta al oír el relato de fábulas y su placer estético de interesarse por los destinos humanos, por las aventuras y anécdotas, ya sean verdaderas ó imaginadas. El sentido histórico es una creación artificial de los gobernantes que solo la utilizan para rodear de un prestigio místico-poético las cosas existentes ventajosas para ellos solos, para excusar sus abusos al exaltar sus orígenes y para obtener á favor de instituciones que antaño acaso eran racionales, pero que hace ya mucho tiempo son absurdas é inútiles, una tolerancia en la cual el temor se mezcla con la ternura. En una palabra: el sentido histórico persigue el fin práctico de realizar valiéndose del pasado, el chantaje ó el fraude á costa del presente.

II

LA HISTORIOSOFÍA TRADICIONAL

Sólo en un grado inferior de su evolución intelectual se satisfacen los humanos con saber lo que ha sido antes que ellos, y eso suponiendo que les preocupe en poco ó en mucho. Pero pronto aspiran á comprender el cómo y el por qué de lo que ha sido. Los hechos más ó menos ciertos, más ó menos dignos de fe no les satisfacen ya por completo; quieren penetrar su encadenamiento causal; se niegan á admitir que el devenir general sea producido por el azar y buscan una ley que lo condicione y de la cual sea expresión visible. Los narradores del pasado trataban de satisfacer esa necesidad que ellos mismos sentían, elevándose desde la crónica ingenua de los acontecimientos á la historiografía pragmática, haciendo derivarse los acontecimientos unos de otros, explicándolos unos por otros, presentándolos como determinados los unos por los otros. Hemos citado en el capítulo anterior algunos ejemplos que nos sería fácil multiplicar para demostrar hasta qué punto ese encadenamiento y esa interpretación eran arbitrarios en casi todos los casos y reflejaban los sentimientos y opiniones de sus autores. Pero la sed de saber impidió á los humanos detenerse ni aún en la historiografía pragmática. Esta pretende explicar acontecimientos concretos, pero no tiene en cuenta el presentimiento de un devenir general del cual abarcan tan sólo una parte las narraciones